

ORO NEGRO

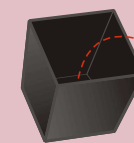
Jorge Carpio

Hablamos de beber cerveza y vamos al kiosco *Oro negro* de Vía Blanca y Fábrica. Son las tres de la madrugada y nos sentamos en uno de los contenes del garage, alejados de la gente, y tú hablas del tema que te ha tenido ocupado durante el día. Pides mi opinión pero me limito a escuchar. Para mis adentro reniego la brevedad de la primera cerveza con la intención de que te animes y pagues otra porque se me acabó la plata que me envían de Nueva York. Todo es tremendo, digo por decir algo y para interrumpirte; sin mencionar tu nombre porque somos tocayos; y siempre te he llamado chamaco o brother o simplemente Chucho; y esto es por la Chuchita, tu novia. Caramba, Chucho, te digo, tu decisión es atinada; es el adjetivo que me viene a la mente por lo que me acabas de contar; mientras te pongo la mano en el hombro y te lo aprieto con cariño, o solidaridad, como prefieras; y así de paso me seco sobre tu camisa la mano humedecida por la frialdad de la cerveza; pero me parece que no te das cuenta porque estás en tu monólogo. Sigo escuchando. Primero haces un preámbulo de cómo te recibe el compañero viceministro: una sonrisa y un apretón de manos, y así te demuestra que está alegre por tu feliz arribo a la patria. Después las preguntas habituales. ¿Cómo anda la península? ¿Aquel otrora amigo, ahora enemigo del pueblo, qué está haciendo? y otras formalidades que me cuentas. No pienso que sea una digresión tuya, sino el prefacio de la atmósfera y credibilidad del texto, ya sea oral o escrito. Para demostrártelo, ahí está la famosa **Memoria Oral de la humanidad**, de Joe Gould; también leída y analizada en una clínica literaria; es el ejemplo que me pones. Ni el viceministro ni tú van al grano; entre gente culta no es necesario y puede ser de mal gusto, me dices; aunque

se trate de un funcionario apremiado por las tareas; que ha dejado de ser un intelectual por las circunstancias; porque la patria y las necesidades lo obligan a uno, se lamenta el viceministro. También te habla de su último viaje a Madrid, en cumplimiento del deber, ya se sabe. Diserta sobre el Museo del Prado, según tú, con la intención de demostrarte que él también tiene buen gusto y cuando va a la península, como prefiere llamar a España, excluyendo a Portugal, no pierde el tiempo solo en reuniones oficiales. Porque el tiempo es oro. Oro negro, pienso yo sobre la sentencia que te hace, asociada al cartel lumínico del garage de Vía Blanca y Fábrica donde estamos. La oficina no me la describes porque se sobreentiende que con el auge de la tv y la internet todo el mundo debe saber cómo es la oficina de un viceministro; solo señalas que es un poco menos suntuosa que la del ministro. Mientras hablan, son interrumpidos por las inoportunas llamadas telefónicas. ¡Qué le vamos a hacer!, se justifica él, arre pochado en el asiento con una mano sobre el antebrazo y la otra que atrapa el teléfono celular; y la mirada a veces detenida en ti, a veces perdida en el vacío de la oficina o sobre el buró que soporta las fotos de familia. Por el tono de la charla y algunas frases sueltas, hilvanadas que habla con alguien que está afuera; por un momento crees que en España. ¿Cómo está la península? Le oyes decir. ¡Ah, andas por Portugal!, rectifica. Bueno, y entonces como están los lusitanos: Pessoa siempre Pessoa, y Saramago siempre Saramago, y Camoes siempre... Finalmente termina la llamada. Se le acabó el tiempo a éste, te dice, haciendo alusión al intruso del teléfono. Ves, sentencia, a nosotros lo que nos sobra en esta isla bendecida por los dioses es tiempo. Y te asombran sus conocimientos de geografía, siempre re-

curriendo a penínsulas, islas y cayos; y también su cultura general: Museo del Prado, del Louvre, Moma; y dioses que por tratarse del viceministro de cultura asocias con los olímpicos y no con los del panteón yorubá. Aunque imaginas que en asuntos de dioses todos sean iguales. Soplan vientos de igualdad, te dice él, como si te adivinara el pensamiento; y te parece estar preocupado por las ta-reas que piensan discutir. Propones reiniciar los talleres literarios, ahora con el objetivo de preparar a los asesores de las casas de cultura. El viceministro asiente, te nombra por el diminutivo, y eso a mí me hace recordar a mamá, la única persona que me llama así. No te interrumpo pero pienso que puede estar haciéndose pasar por tu padre, o en el peor de los casos, por tu madre. Discutimos sobre la costumbre de los funcionarios, -de la isla, como dice el viceministro-, de asumir parentescos cercanos: madre, padre, hermano, y a veces cónyugue. No lo tomes así, me dices, el tipo es hombre pero se está preparando para cuando venga el cambio. Es la pregunta que se hace la gente cuando habla del futuro de la isla: cuando venga el cambio. Él debe saber que están pasando cosas, que se aproxima el final de algo que ha demorado demasiado. Yo también tengo que prepararme, me dices, y me miras fijo; como si calcularas mi reacción. Pero me mantengo sereno; y aprovecho y te muestro descaradamente la lata de cerveza vacía. Es que me gusta la cerveza, te digo para justificar lo injustificable. Volvemos al tema, ahora más animados. Me hablas de tu futuro. Ellos saben como pienso: soy un disidente; -como si yo no lo fuera también-, y miras alrededor como hace la gente para cersiorarse de que nadie ha escuchado. Afortunadamente el garage está tranquilo; solo hay una mulata, a unos metros de nosotros, que al parecer espera que alguien la recoja en un automóvil, sabe Dios para ir a dónde. Pero tú y yo sabemos en qué anda; no lo comentamos, y es acertado no hablar del tema; no viene al caso, te digo. Este es mi país, afirmas como si no fuera también el mío

o el de la mulata sin rumbo o el del viceministro. No puedo escribir por las razones que tú sabes. Asiento y me empino la lata de cerveza. Está fría, te digo para que no sigas con la misma cantilena. Y tú también bebes. Soy un hombre de letras y necesito escribir. Sé que es cierto pero tu reiteración me suena a ruego, a concesión; me molesta; y si pretendes escribir en la isla tienes que estar a tono con muchas cosas. Ves, comentas, ya el viceministro ordenó que me dejaran leer mis textos en las peñas. Te ha dicho: no te preocupes, eso está resuelto; y ha asumido su pose habitual: el dedo índice en la barbilla y la otra mano que juega con el bolígrafo. Entonces te pones solemne y me sueltas en la cara como para dejar claro tu posición: yo me callo pero ellos no saben lo que está en mi cabeza. Es ahí cuando recurrimos a Primo Leví y su libro sobre Auschwitz. Es el miedo, la masa no se tira contra la alambrada porque tiene miedo, y sonríes entristecido. Afirmo que es verdad porque yo también siento miedo y por eso no hablo ni escribo ni hago otra cosa que esperar, y no sé qué espero. ¿Pero contigo puedo hablar?, te pregunto desesperado; quiero estar seguro de tu complicidad. Sí, me respondes, y ahora eres el que te secas la mano humedecida por la cerveza en el hombro de mi camisa. Pero es tarde y hemos hablado bastante; tú has hablado demasiado, me dices. Y esto lo tomo como una broma. No hay más cerveza porque cerraron el kiosko; y esto sí que no me parece una broma; y si lo es, la considero de mal gusto, te digo. Ya es casi el amanecer y a nosotros solo nos queda en este preciso momento el miedo, las palabras y el cartel lumínico del garage *Oro negro*.



La Caja de la china

